

DIÁLOGO

I

Al hablar sobre el diálogo hay que tener en cuenta lo mucho que se dice en estos tiempos, tanto en nuestra localidad, patria, como en todo el mundo. De una forma aparente, a primera vista, el éxito del diálogo radica en el grado de conocimiento mutuo que pueda existir entre los interlocutores. Así vemos que dos personas de una misma familia, esposo y esposa, padre e hijo, hermano y hermano, obtienen más rápidamente ventajas del diálogo que cuando éste se desarrolla entre otras que no están unidas por lazo alguno de parentesco. Progresivamente observamos disminuir la eficacia de tal acción humana a medida que se va realizando entre individuos pertenecientes a distintos distritos en una misma ciudad, de distintas ciudades en igual provincia, de diferentes provincias en una nación, de otras naciones dentro de un continente, etc. Todo esto tiende a confirmarse al fijarnos en el instrumento utilizado para el cambio de opiniones. Se sabe que es único: el lenguaje. Al hablar la misma lengua y estar muy próximos la identidad, o mejor, el identificarse en modos de pensamiento parece más sencillo porque hay *comprensión*. La carga significativa de las palabras y aún emotiva son aprehendidas con mayor facilidad entre individuos de trato frecuente, conocedores recíprocos de sus peculiaridades en la forma de decir, en el acento, en las pausas, en la vehemencia y en todos los matices que delatan las impresiones de sus ánimos.

No obstante, la *comprensión* no es lo que *mueve* al hombre. Lo conmueve solamente. Pensar lo contrario sería desconocer la mecánica de su naturaleza. Una persona no levanta un solo dedo sino en su propio *interés*. Hay que aclarar que no siempre este interés es *económico*, aunque sí en la mayoría de los casos, a veces ese «propio interés» se desliga de su significación económica desplazándose

hacia el interés económico de los otros, pero en cuanto le proporciona satisfacción. Es siempre el mismo juego mercantil: cambio o permuta, aunque no se trate de objetos materiales lo que se percibe. Se da algo, no por nada, sino por obtener felicidad en el mismo acto de la entrega.

El diálogo persigue una acción concordante y racional entre los hombres, la mayor coherencia social, su finalidad se ubica en el beneficio común. La comprensión, sin duda, es un gran paso, pero no determina su meta. Una actitud oscura, al ser comprendida, nos puede llevar a juicios dispares, bien a la aprobación o a la repulsa más enérgica, ora a la simpatía o al odio más concentrado. Pero con cualquier resultado nos acerca, nos relaciona. Incluso el odio es una relación social que, como tal, puede ser moldeada o rectificada por la realidad, según sean o no convergentes nuestros intereses, los cuales no son siempre constantes.

Al sustituir el interés subjetivo —o colectivo, conforme el diálogo sea individual o de grupos— por el grado de conocimiento mutuo, encontramos que entre la gente más próxima (que tienen comunidad de intereses), esposo-esposa, hermano-hermano, etc., no existe gran coincidencia de opiniones cuando del diálogo no se deriva un beneficio real para ambos, o común. Cada hombre pone y opone razones, por su lado, divergentes hasta el infinito. Y se tiene por seguro que cuando se parte de una base aceptada por ambos que entraña como principio o fin un beneficio a dividir equitativamente, el camino se recorre a la inversa: de la infinita divergencia al cruce y encuentro en un punto, que es la solución.

Entre los que conviven, los que usan unas mismas costumbres, leyes, idiomas y demás, el cuadro de intereses entrelazados que los relaciona e interrelaciona es más intenso y se hace más asequible hallar mediante la discusión y la reflexión, a que aquella obliga, un camino convergente. No así cuando a pesar de dichas condiciones no existen puntos de contacto donde los intereses coincidan (o más bien cuando se crea que es así, pues los intereses de los humanos siempre son coincidentes); por ejemplo, obrero y patrón, aún relacionados por lazos de sangre también, donde parece que el interés de uno lleva aparejado el menoscabo de los intereses del otro, entonces se hace

completamente imposible el diálogo. Ocurre siempre lo mismo, el que esté en mejores condiciones de fuerza, el que posea mejores medios de coacción (que casi siempre es el patrón) condena el intento al silencio.

Ahora que hemos llegado al punto en que la fuerza surge como factor que se relaciona con la existencia del diálogo (1), aprovechemos para de una forma teórica, y bajo dicho aspecto, considerar el asunto. Individual y elementalmente cuando se toma conciencia de que se puede influir en los demás se es demasiado joven y no se dispone de la suficiente confianza en sí para la decisión de practicar el diálogo. Es decir, de entablar la costosa lucha de espíritu a espíritu, del propio yo al próximo yo, con el fin de aparejar, de moldear a imagen y semejanza nuestra, al ser que encontramos cercano y que inicie tal relación con nosotros. Ahora bien, el hombre no se lanza a esta aventura de reforma hasta que pierde el miedo, hasta que esté convencido de la poca seguridad de los demás. Cuando advierte en los otros que la firmeza no descansa en una base de sabiduría, sino sólo en unos pocos, mientras que en la mayoría todo se sustenta en la apariencia de solidez que da un título cualquiera, la constancia rutinaria de una actitud, la audaz diligencia de los pícaros, etc., entonces se libra de prejuicios su mente y se dispone a la tarea. Siente que ha perdido tiempo, pero, si es sincero, sabe que ha sido necesario. Hasta aquí no se ha sentido miembro de una especie gregaria que debe todo sus triunfos a la colaboración. Ha sido sólo sujeto. Al descubrir el *supra ego* se siente responsable y comprometido. Este proceso que sufren los hombres en general (que desgraciadamente no les conduce siempre a una actitud consecuente) les depara un empuje de inconformismo y deseo de reforma cuya primera manifestación ha de ser el diálogo. Es parejo a la fuerza revolucionaria explicada por Marx, concretamente de una clase: la obrera, de la que dice: «nace (la fuerza revolucionaria) de

(1) Tenemos el caso de Gibraltar. Inglaterra no ha permitido el diálogo mientras nuestra fuerza ha sido manifiestamente inferior. Al salvar este bache, por nuestra parte, implicando a las N. U., originando por ese medio algo parecido a un equilibrio de fuerzas, entonces la Gran Bretaña decide oír nuestras opiniones

la contradicción entre su naturaleza humana y su existencia vital que es la negación manifiesta, decisiva y total de esa naturaleza». Carlos Marx, muy hegeliano, se cifió al *aquí y ahora* refiriéndose a una realidad precisa y delimitada, como le obligaba su condición de apóstol de la clase oprimida, pero su explicación cabe universalmente para la humanidad. Todos los hombres sin distinción de clases tienen su hora, su momento, su «sarampión» de inconformismo y precisamente a causa de su naturaleza y la negación que de ella hace el choque con la realidad objetiva social como expresa muy bien el maestro germánico.

Empero ese empuje, ese deseo de alteración, a medida que van pasando los años decae paulatinamente en el individuo si su situación económica, o sea, *sus intereses* van marcando un signo positivo. En la madurez, el hombre, el pensamiento del hombre empieza a ser movido por otro motor: el pánico a su propio fin. Entonces procede a inundar su conciencia con lo que podríamos decir, hablando psicológicamente, los tópicos de *censura*: «Los fenómenos de la economía aún no se conocen perfecta, científicamente, no se puede alterar de golpe una administración, hay que esperar...»; «Yo solo no puedo reformar el mundo...»; «El mundo siempre ha sido así...» (2); «No es tarea para mí, soy un hombre viejo, moriría con la duda, sin conocer el resultado, de saber si contribuyo a realizar una obra buena o mala...» etc., etc.; toda esta caterva de palabras van formando una barrera en su mente, hasta que reducen y hacen retroceder al subconsciente el afán social y humano de reforma. Inútil nos parece decir que con estas personas el diálogo se verificará sólo si previamente son sometidas a una catarsis purificadora en su pensamiento o, en el lenguaje pelicularo de hoy, a un auténtico *lavado de cerebro*. Es decir, limpieza de cacumen, quitarle la basura de juicios y prejuicios alienantes, hasta que quede en perfecto estado de funcionamiento *racional*.

(2) Disparate mayúsculo. Se sabe que la verdad es todo lo contrario: *El mundo nunca ha sido como fue, constantemente está variando. La historia, de otra forma, no existiría, pues no es más que la relación y el estudio de la sucesión de los cambios que van teniendo lugar en él.*

Dialogar, en el sentido que aquí lo estamos tomando, equivale a filosofar. Para ello es preciso que por ambas partes exista un nivel de cultura y vida que les haya liberado de sus *necesidades*. En el campo individual, Creso y un mendigo, no tendrán que discutir mucho tiempo, el último rendirá brevemente todos sus argumentos por un mendrugo. En la esfera colectiva, de grandes grupos, se aprecia cómo se hace imposible el entendimiento entre Estados Unidos y China, e incluso las enormes dificultades que ésta levanta en sus conversaciones con Rusia.

En fin, debemos con-sentir —como diría Diotima a Sócrates— para pasar adelante, en que:

a) no hay fecundidad en el diálogo mediante la comprensión,

b) consigue el diálogo eficacia cuando real o aparentemente se aprecian intereses recíprocos, bien sean económicos y materiales o de otro orden,

c) es condición imprescindible para que se establezca una lucha dialéctica la situación de igualdad o equilibrio de fuerzas (en palabras calderonianas: un caballero no se bate con un villano) y

d) es necesario, asimismo, la *libre* situación de los actores.

II

En función del diálogo, dos sujetos o dos grupos que representan cada cual una unidad, entran en contradicción manifiesta por el lenguaje expreso. Uno y otro pretenden la enmienda del pensamiento contrario. En teoría es una liza, o algo por el estilo, donde el caballero que tenga la razón vencerá en virtud de su elocuencia y someterá al oponente, el cual abandonará su ideario y abrirá su mente vacía para dejar entrar lo propuesto por el bando victorioso. Pero la *praxis* nos muestra que el proceso no obedece a fórmula tan simple. El resultado es que los dos sujetos quedan modificados. El fenómeno dialéctico conforma las mentes en situación de percibir un grado superior y nuevo de la realidad de que se trate. Cada contendiente será a la vez vencedor y vencido, pero habrán alcanzado una nueva verdad. De las tinieblas surge la luz.

Si no se consigue este resultado que nos da la práctica, pese a haber precedido una lucha verbal, la discusión no ha llegado a diálogo, sino a disputa. Es muy corriente y muy vulgar. A veces llega a producirse también entre mentes superiores. Se explica porque no es otra cosa que dos monólogos, en los que cada parte sigue sólo su línea de pensamiento. Cada orador se escucha a sí mismo, pero no oye, ni nada hace por oír al contrario. En ese juego no existen interlocutores, únicamente locutores. Es propio de la ignorancia, pero menos de la vulgar que de la pedantería, una forma más honda y cultivada de la ignorancia.

En su lejano origen el diálogo se apoya en la fuerza. El hombre de las cavernas con su medio de expresión mímico-fonético, gesticulante, convencía de su tremenda brutalidad a su oponente sometiéndole, de esta suerte, sin lucha física. La diplomacia de las grandes naciones de occidente nos han dado suficientes pruebas de la supervivencia de esta forma de diálogo hasta el incidente de Suez. El cuerpo diplomático norteamericano sigue incluyendo a los *marines* como máxima *ratio* de sus argumentos. Sin embargo, ahora que la fuerza bruta puede elevarse a alturas insospechadas, los dos grandes grupos —socialismo y capitalismo— están procurando abrirse paso a un camino de coexistencia pacífica con un solo instrumento: el diálogo.

Es innegable que el sistema ha de ser bueno, toda vez que es el usado por los más poderosos. Claro es también el rendimiento proporcionado: veinte y un años la paz mundial (en ocasiones equilibrista en el filo de una navaja) se mantiene. Puede que no haya otro procedimiento, debido al terror exagerado que infunde a todo el mundo la potencia destructora de las nuevas armas. Ciertamente sería una destrucción colosal la apertura de un conflicto armado entre las dos facciones más poderosas de la tierra. Pero si se han conseguido en circunstancias tan poco favorables esos cuatro lustros de paz, ¿por qué se permiten las guerras locales, esas explosiones de violencia y sangre en Corea, Argelia, el Vietnam, etc.? Con toda seguridad la respuesta se encuentra en el desequilibrio de fuerza. Los dos grandes bloques parecen estar en acuerdo tácito para permitir pequeños conflictos armados, siempre que se

desarrollen exclusivamente con el concurso de lo que se ha dado en llamar armas convencionales. Da la impresión de que la guerra no puede cancelarse en el mundo de un modo definitivo y rápido. Debe ser como un narcótico para la humanidad, cuyo hábito no puede ser extirpado de raíz. Materia delicada, similar a la del tabaco. Muchas personas andan interesadas en el asunto: grandes financieros, técnicos, comerciantes, vendedores, etc... que a su vez mueven enormes fábricas, explotaciones, organizaciones comerciales, negocios, etc. Nada, la gente debe seguir intoxicándose. Si no, ¿en qué emplearían sus horas los hombres del Pentágono? Y esa habilidad exquisita para matar a sus semejantes que se ha inculcado tan diestramente a los jóvenes del ejército norteamericano, ¿de qué serviría si no pudiesen ir a ejercitarla con los annamitas? Con todo, un gran político contemporáneo aseguró que no existía conflicto alguno que no pudiese ser dirimido pacíficamente alrededor de una mesa. Naturalmente a través del diálogo. Esto podrá o no ser una gran verdad, pero sí es cierto que, el que lo sea, depende nada más de que se le dé crédito.

Desde que el género humano llegó por el diálogo a la conciencia de que la esclavitud era una práctica a desterrar de sus relaciones, mediaron muchos siglos hasta conseguirlo. A lo largo de todo ese tiempo tuvo lugar un proceso extremadamente complejo. La esclavitud tomó mil formas distintas en una prolongada agonía, hasta que desapareció totalmente, al menos en los núcleos más avanzados. Todavía hoy existen estructuras diversas esparcidas por el mundo, en las que mantiene el aliento. Pero hoy tenemos derecho a pretender que los cambios que son necesarios se verifiquen con mayor rapidez, ya que el giro veloz de los adelantos científicos —verdaderos rectores del progreso humano— exige una adecuación también acelerada de las relaciones sociales. De no ser así, aunque imprevisibles, las consecuencias de ese desfase tendrían que ser nefastas. Por ello nuestra impaciencia, la impaciencia del hombre del pueblo, por ver borrada, de una vez por todas, de la faz del globo, la guerra, sea pequeña o grande, emplee armas convencionales o modernas, se justifica y es legítima.

Al diálogo corresponde la tarea de desentrañar los intereses, de distribuirlos, de hacerlos coincidir y de poner al descubierto, de acusar, las conveniencias individuales empeñadas en desatar la furia de la violencia en propio beneficio.

Desde el punto de vista internacional todavía entorpecen la eficacia del diálogo las situaciones de *prestigio*, producto de un análisis infantil de las coyunturas por parte de los grandes dirigentes, o de sus colaboradores, que pueden acarrear una catástrofe. Afortunadamente cuando la armada de los norteamericanos invitó a los mercantes rusos, con destino a Cuba, a retirarse a su punto de destino, al frente de la U. R. S. S. se encontraba un hombre, N. Kruschev, que supo examinar el momento histórico con toda objetividad y evitó al mundo entero, quién sabe, la destrucción total. Este mérito que pocas personas han sabido reconocerle, muchas, muchísimas, incluso seguramente entre sus propios correligionarios, se lo negaron. Pasado el susto, un gran número de mentes todo lo que vieron fue un indicio de debilidad, cuando no *miedo* en una actuación comedida y sabia.

Tratando este tema no podemos silenciar una gran figura que supo encontrar y mostrar a todos, con singular autoridad, el gran valor del diálogo para salvar la dignidad del hombre, en nuestros días tenebrosos. Nadie ignora, nadie puede decir que no sabe de quién hablamos. Su nombre, el nombre histórico que eligió para cumplir tan gran destino fue un nombre simple, el de la mayoría, vulgar: Juan; su distintivo, un número romano: XXIII. El legado que nos dejó a su muerte, inapreciable; a tan corta distancia histórica no puede ser estimado. Los inmensos beneficios que se derivarán de él serán contabilizados en el futuro. Ha sido la humanidad quien nos dio a este hombre, pero la Iglesia quien lo ha formado. Por ello, cuando en estos días hemos leído una curiosa e inteligente frase o máxima de Mario Gozzini: «La Iglesia no es oportunista; en el curso profundo de la historia, sólo es coherente consigo misma», hemos pensado en aquella amable figura, en su sonrisa campesina y nos hemos dicho que sabemos dónde se quiebra la justicia de tan lúcida sentencia. Bajo el mandato de Juan XXIII la Iglesia ha hecho coincidir sus intereses con los de todos los hombres.

III

Ahora acerquémonos, y ya para terminar con estas notas, a un panorama más próximo y más complejo, por ser más concreto, menos universal, en cuyo campo parece estar tomando cuerpo el diálogo. Digamos que es la esfera nacional. No hay país como el nuestro para pasar de la indiferencia más apartada, en breve espacio, a la más apasionada atención sobre un asunto. A pesar de las altivas sonrisas que promueve el conocido *slogan* turístico: «España es diferente», se nos antoja que esas tres palabras, en ciertos momentos, expresan una realidad vivísima.

A nosotros, no nos gusta hablar del pasado, al revés de muchos otros estudiosos o no del pretérito, más o menos lejano, especuladores y vaticinadores, por comparación, de realidades inmediatas que nunca llegan a cumplirse. Ya hemos dicho en este mismo trabajo que la historia sólo es una sucesión de cambios registrados en el tiempo. Las nuevas situaciones no son fáciles de ver por simpatía con el pasado. Se trata de otras personas, otras costumbres (cuya variación se puede decir que palpamos diariamente), otras condiciones de vida (nivel, *confort*, etc.), otra educación, otra perspectiva más avanzada en el tiempo ante la existencia, la concepción del mundo y ante la propia historia. No se puede pretender que tal proceso abierto se repita en una parte de su desarrollo, igual que un disco rayado en el *pic-up* recita una y otra vez la misma frase. Constantemente estamos presenciando las *nouvelles vagues* como van invadiendo todos los terrenos e impregnándolos de un aroma distinto. El talante, las palabras, los giros del lenguaje, las ropas, el atuendo en el vestir, las actitudes, las acciones, el trabajo, el ocio, las distracciones, los útiles, los muebles, los carruajes, los bailes, los cumplidos, la forma de hacer el amor, todas, todas las acciones del hombre, en cada época, en cada generación, sacan —no se sabe de dónde— un carácter especial que les distingue; incluso la maldad, el vicio, el crimen, tiene matices nuevos, hasta el asesinato se perpetra con extrañas singularidades y distintos medios. Baste señalar que Caín se vale de un hueso de animal para el homicidio, en vida de sus padres; en el Renacimiento, el

puñal y el veneno, más tarde utilizará la pólvora y el plomo, el gas, la electricidad, la droga, la aguja hipodérmica...

Cuando el diálogo pugna por brotar de nuevo en nuestro ambiente social, observamos cómo en algunos sectores se habla con enorme codicia, insistentemente, del pasado. Todo son cábalas acerca de un proceso al contrario, anacrónico. También se comenta la vuelta al pasado con temor y con terror y no carece este pensamiento de cierta lógica, aunque mecanicista y pueril. Estremece pensar que vamos a recular en el tiempo político a un pasado anterior a la guerra civil (estando convencidos que la historia se repite). Nosotros no vemos las cosas ni con el optimismo de unos —los que piensan maniatar a Cronos, en su edad ideal, de oro—, ni con el pesimismo de los otros. Mas entendemos que, aunque teóricamente, las superestructuras políticas son instaladas por manifiestos redactados por un grupo de hombres actuantes que desarrollan luego en *puntos* o *programas*; la realidad y la práctica reclaman una armonía entre la superestructura citada y la base popular a quien se impone aquella. El agente mediador que ha de conseguir este equilibrio entre una superestructura y su base tiene que ser el diálogo. En nuestro país, en la actualidad, se hace preciso, urgente, promover las condiciones favorables —anotadas en nuestro primer capítulo— para el florecimiento del diálogo.

Los españoles hemos pasado en poco tiempo de una relativa indiferencia por los hechos políticos (puramente políticos, claro está; porque los sociales-económicos, por lo que afectan, no han podido sernos desconocidos) a una *excesiva* atención, que abarca cada vez a mayor número de personas. Cabe preguntar si esto es malo o buen signo. Nuestra opinión es que se trata de algo bueno netamente y que significa progreso. Si analizamos, podemos concretar lo que es la política: la administración colectiva. La atención de todos los individuos en esa administración, supone, en cierto modo, una intervención, colaboración, ayuda en una palabra, a la minoría que lleva la representación de tan gran tarea. Al mismo tenor también, creemos es salubridad, saneamiento, porque entraña vigilancia,

observación. Nada mejor para la buena marcha de una empresa ya sea, local, provincial, nacional o universal.

Es muy probable que los antecedentes se encuentren en las disposiciones liberalizadoras del comercio nacional originadas en el año 1959, mediante las cuales se dio a nuestra economía una agilidad, soltura y flexibilidad que, hasta entonces, no había tenido en un extenso período. Durante siete años, la esfera económica, pujante, viene presionando constantemente sobre las capas próximas de niveles superiores marcando una tensión creciente. Como resultado de esa gestación parece llegado el momento de una evolución rápida en lo político que se ajuste al punto de desarrollo alcanzado por el substrato comercial-económico, impida la recesión de éste y le abra nuevos cauces.

El diálogo se halla en el primer plano de actualidad. Se habla de él por parte de gobernantes y gobernados. Sin embargo, las definiciones todavía no concuerdan. Los conceptos no se han identificado. Pero estos hechos son indicio claro de que en todos los ánimos se perfila una incidencia coherente al menos: se intuye esa necesidad de modo general.

Se puede decir que todos los hombres tienen intereses comunes, de una manera universal. Luego también los españoles los tenemos, como humanos que somos. Lo mismo podemos decir que tales intereses comunes se acrecen como colectividad menor en relación con la máxima en que estamos incluidos. El gran trabajo del diálogo está en descubrir, o mejor, en dejar al descubierto cuáles son esos intereses. No se trata de una función simple, sino extremadamente complicada en cuanto se pasa al campo de la realidad. Muchos, muchísimos son los factores que pueden impedir este esclarecimiento en la práctica. Puntos de vista, alienaciones, creencias, errores de cálculo, apreciaciones, actitudes estatistas, ideas de inmovilismo, etc., etc., son, efectivamente, duros obstáculos que deben ser vencidos en beneficio de todos.

No obstante, estamos obligados en conjunto, totalmente, a procurarnos un diálogo abierto, fecundo. No tenemos más que levantar nuestra vista por la línea pirenaica para ver una realidad europea, El Mercado Común, uno de los grandes triunfos modernos, conseguido en una serie muy

corta de años, ejemplo de los colosales beneficios obtenidos por la colaboración, mediante el diálogo, con el consiguiente trabajo apriorístico de discernimiento de los intereses económicos comunes. No podemos negarnos a ver esta evidencia que se encuentra tan junta a nuestros ojos. Es un deber para nosotros, en nuestro entorno nacional primero, luego en el supranacional, el intento de colaboración y unión, de nuestros intereses coincidentes.

Hemos de apresurarnos a verificar un cambio en nuestras mentes. Aclarar y poner en orden nuestras ideas conforme a los tiempos en que vivimos. Acostumbrarnos a las *contradicciones* y no horrorizarnos ante ellas, e inmovilizarnos. La contradicción es el principal elemento del diálogo y lleva en sí, como todo problema enunciado, la solución, la superación. Sin ser demasiado unamunianos aplaudamos al que nunca está conforme con nada. Todo es susceptible de ser mejorado. Y, sobre todo, no utilicemos nunca el tópico, peyorativamente, «eres el espíritu de la contradicción», para indicar que ya el debate no puede continuar.

El espíritu de la contradicción es el espíritu mismo del diálogo, del cual los hombres han obtenido todos sus adelantos, toda su sabiduría. En un sentido religioso se podría decir que es la esencia auténtica de la deidad. La divinidad —supremo y único bien— segrega de sí el mal, como antagonismo a su propia sustancia, como *contradicción* a su eterno carácter.

Repetimos que la contradicción es el mismo espíritu del diálogo, a la vez que el más excelso motor que impulsa nuestro progreso. El fuego que entra en nuestra sangre y nos comunica y nos hace salir del silencio. El pulso profundo de la naturaleza, repetidora infinita de su juego creación-destrucción de millones y millones de seres en la constante hacia la perfección. Lo que es y deber ser una condición general humana, donde podemos encontrarle un sentido a la vida.

ISIDRO MIRANDA MILLARES